

Una sociología abierta a la sociedad¹

Jorge Larraín

UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

Primero que todo, quiero agradecer a los participantes en este congreso y a todos los que colaboraron más directamente en este homenaje que me honra. En especial, Aldo Mascareño, Daniel Chernilo, Rocío Faúndez y Alexis Cortés. Muy agradecido también de los comentarios de mi hija Carolina y de María Teresa Johansson. No hubiera esperado este homenaje, habiendo tan buenos y prolíficos profesores y autores de sociología que, como ellos, han tenido tanto o más mérito que yo en el transcurso de sus vidas académicas. En estas palabras de agradecimiento, quisiera referirme a las problemáticas y los horizontes de sentido que han guiado mi trayectoria como sociólogo.

Partí en Derecho inmediatamente salido de la secundaria, lo que me permitió adquirir una estructura de pensamiento y modelos de comportamiento que constituyen elementos básicos de la vida en sociedad. Luego, en un giro importante en mi vida me dediqué a la filosofía y la teología. A la sociología llegué tarde, podría decirse, no fue mi primer amor. El derecho, la filosofía y la teología, la influyeron desde un comienzo permitiéndome adentrarme en el desarrollo de la teoría social. Mis afinidades con la teoría se articularon con un interés en la observación de los fenómenos sociales de la época.

Mis intereses en sociología se fueron orientando especialmente hacia el marxismo en cuanto teoría de la sociedad. Sin embargo, la llegada de la Unidad Popular, con su enorme repercusión e importancia me influyó decisivamente. Yo fui uno de los que creyó en el proyecto socialista para Chile, pero no milité en partidos, ni me dediqué a la actividad política. En especial, me sedujeron la teoría del materialismo histórico y de la superestructura ideológica, que jugaban un rol esencial dentro del marxismo. Tempranamente, mi dedicación a la investigación evidenció que el espacio preferente para ejercer mi profesión de sociólogo sería la universidad. A lo largo de años, el afán de mis investigaciones estuvo centrado en revisar sistemas teóricos y en pensar las categorías que sustentan el conocimiento y la práctica. Fundamental en mis inicios, fue haber sido parte Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica, un espacio de trabajo colectivo donde establecí lazos de amistad indelebles. En un horizonte de transformaciones históricas sin precedentes, el CEREN innovó en una forma de hacer sociología latinoamericana. De esos años, quisiera recuperar hoy la inspiración de un centro de estudios universitario abierto a la sociedad en el que fue posible desarrollar la práctica del debate, la escritura en colaboración y la producción de conocimientos colectivos, todas formas de trabajo con una marca de época basada en un pensamiento sostenido en el diálogo. En esos años, junto a Fernando Castillo y Rafael Echeverría profundizamos en teoría social y política, realizamos estudios en torno a la contingencia y análisis de coyunturas que nos demandaban una comprensión acuciosa. Nuestro trabajo fue guiado por la convicción de que era necesario formular una sociología teórica y analítica, capaz de

1 Este texto fue leído por el autor en el Homenaje realizado en su honor en el Congreso Chileno de Sociología el 3 de mayo de 2024.

reconstituir fases y tendencias ideológicas, auscultar impulsos de época y advertir los signos de crisis.

Hasta aquí trascurrió mi vida en Chile, porque el golpe militar de Pinochet me dejó en el exilio en Inglaterra donde residí por muchos años y donde obtuve mi doctorado en la Universidad de Sussex, y trabajé como académico en la Universidad de Birmingham. La academia británica me brindó un espacio de vigorosa actividad intelectual para trabajar con rigor, debatir ideas y ejercitar la confrontación de planteamientos. Los libros sobre la ideología y el materialismo histórico que publiqué en esta época en inglés dan testimonio de este período.

El trabajo en esta universidad me abrió nuevos horizontes. De partida tuve la oportunidad de conocer y trabajar directamente con académicos como Stuart Hall, quién llegó a tener fama internacional como el padre de los Estudios Culturales. La nueva disciplina de los estudios culturales no permanecía exclusivamente enfocada en las clases sociales, sus diferencias y luchas, como era la norma en la sociología de esa época. Ahora los estudios culturales proponían un nuevo enfoque basado en las diferencias de género y raza, en las luchas de subculturas oprimidas, en diferencias étnicas, en las diversidades sexuales y de otras comunidades articuladas por diversos criterios y creencias. Las diferencias ahora surgen de un mosaico social diverso y enriquecido por la diversidad de sus integrantes. Así empecé mi vida en el Departamento de Estudios Culturales de la Universidad de Birmingham. Ahí tuve la oportunidad de progresar hasta llegar a ser nombrado director del departamento y profesor titular. Por veinte años, permanecí allí, hasta jubilar y ser nombrado profesor emérito. Durante este largo tiempo mi posición de intelectual estuvo situada “entre dos continentes”. En esta etapa sucedió algo importante en mi vida: nació mi hija Carolina durante el exilio. A ella y a mi esposa, Mercedes, quiero agradecerles especialmente su apoyo, aunque mi tiempo escribiendo en el computador las haya privado muchas veces del tiempo dedicado a ellas.

Con el progresivo restablecimiento de la democracia en Chile y la pérdida de poder e influencia de Pinochet –y la determinación de mi esposa– pude volver a Chile donde me integré al Instituto Latinoamericano de Estudios Sociales (ILADES), y luego a la Universidad Alberto Hurtado (UAH) y, en 1996, contribuí a formar su nuevo Departamento de Sociología. Tengo la impresión de que la carrera de sociología que tuve que ayudar a diseñar fue capaz de mostrar desde el primer momento, tanto una malla curricular que recogía un fuerte énfasis en teoría social y política como la impronta de los estudios culturales. Me enorgullece que años después, pudiésemos abrir en la UAH el primer doctorado en sociología del país y que los cursos relacionados con el género y los pueblos originarios aparecieran por primera vez en las mallas de sociología de muchas carreras.

En todo este largo período de vuelta en Chile, me reencontré con la sociología tratando de no perder la perspectiva de los estudios culturales. Durante mi tiempo en la UAH, me dediqué a temas relacionados con América latina y Chile, en particular a temas de identidad, globalización y desarrollo y procesos de modernización, además del resurgimiento del populismo. A la vez, pude profundizar en un enfoque continental y nacional en torno a la modernidad y la postmodernidad enmarcado en los acuciantes debates de los años noventa. El retorno a Chile también me dio la posibilidad de abordar problemáticas asociadas al neoliberalismo. De hecho, la mayoría de los libros

que publiqué sobre identidad cultural, identidad chilena e identidad latinoamericana, tanto en Chile como en Inglaterra y Estados Unidos, son de este período. Mis especiales agradecimientos a las editoriales que me han publicado esos libros: Polity Press en Inglaterra y LOM en Chile.

Por otra parte, la fundación de la UAH me dio una oportunidad para ejercer distintas dimensiones del oficio del sociólogo. En esta casa de estudios, estuve sus primeros 20 años desarrollando trabajo académico junto a labores de gestión directiva en la vicerrectoría académica y la pro-rectoría. En un escenario desafiante, tuve el privilegio de acompañar un desarrollo institucional que garantizó la calidad de un nuevo proyecto universitario en un contexto de democratización de la educación superior promovida por nuevas políticas estatales. Este tiempo requirió de otros saberes y prácticas sociológicas: gestión de proyectos, sociología organizacional, análisis estadísticos y negociación. Varias dimensiones de nuestro ejercicio profesional fueron necesarias para el fortalecimiento de planes, programas y políticas institucionales. Haber formado parte de este nuevo proyecto colectivo y de esta comunidad académica congregada por un ideario compartido marcó una etapa muy estimulante de mi vida en la que se unieron todas las hebras del pasado.

Así viví otros 20 años de vida académica hasta que fui nombrado profesor emérito y, después de algunos años en el directorio de la Universidad, jubilé. En todo este largo período de vuelta en Chile, me reencontré con la Sociología tratando de no perder la perspectiva de los Estudios Culturales. A lo largo de este recorrido puedo reconocer, junto al interés en la investigación, la continuidad de una vocación docente. Sin duda, la enseñanza ha sido central en mi quehacer de sociólogo, una actividad que desarrollé en la convicción de que las aulas universitarias albergan un gran potencial de cambio social en la formación de jóvenes, el que comienza en el diálogo y la puesta en común de lecturas e inquietudes. Por otra parte, la escritura ha sido una práctica consustancial a mi oficio de sociólogo. Creo que los libros universitarios tienen una función muy importante en todos los procesos de transformación posibilitando la circulación de ideas entre públicos diversos. Los libros viajan, multiplican sus lenguas, tienen muchas vidas y nos sobreviven.

Hoy día, ya más viejo a los 82 años, hago lo que puedo, con algunas limitaciones que debo aceptar. Mi vida, como la de la mayoría de la gente, ha sido multidimensional: me desarrollé en dos países diferentes, viví el exilio, publiqué libros en varios países, incursioné en los temas del marxismo, el socialismo, la identidad y la ideología. Esto a nivel latinoamericano, chileno e inglés. Todas estas dimensiones contribuyeron a configurar mi trayectoria personal, pero también son la evidencia de un trabajo colaborativo, de la multiplicidad del quehacer sociológico y del potencial de los espacios universitarios. Estos son los horizontes de sentido que nos reúnen hoy. Sin ustedes, sin sus libros, sin su vida académica, todo esto habría sido imposible. Por eso deseo terminar agradeciéndoles una vez más. Ustedes son los llamados a decidir si este esfuerzo valió la pena.

Sobre el autor

Jorge Larraín. Profesor emérito de la Universidad Alberto Hurtado. Fundador del Departamento de Estudios Culturales de la Universidad Birmingham y del Departamento de Sociología de la Universidad Alberto Hurtado.